





Newton Compton Editores

Título original: *La librairie de la place aux herbes*

© 2017, 2022, Éditions Eyrolles, París, Francia

© Ilustraciones de Camille Penchinant

© 2024, de la traducción por Cecilia Fernández Santomé

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: marzo de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-19620-26-2

Código IBIC: FA

DL: B 9.127-2023

Composición y diseño de interiores:

David Pablo

Impreso en marzo de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Éric de Kermel

# La librería de los deseos

Traducción de Cecilia F. Santomé



Newton Compton Editores

Barcelona, 2024



# Agradecimientos

**D**ar a leer lo que uno escribe es una tarea delicada. ¿Cómo convertir ese gesto no tanto en un acto «pretencioso» como en una oportunidad para compartir?

Este alumbramiento ha sido una aventura llena de alegrías gracias a la profesionalidad y a la atención de los equipos de Eyrolles, dentro de los cuales me gustaría especialmente transmitirle mi agradecimiento a Gwénaëlle Painvin, a Anne Ghesquière y a Sandrine Navarro.

Gracias a Erik Orsenna, mi «padre literario», por llevarme de la mano por las palabras mientras doy mis primeros pasos.





# Prólogo



«Érase una vez...».

Así empiezan las historias que nos fascinan.

Érase una vez una librería.

Así es como Éric de Kermel nos transporta a un hermosísimo cuento.

Érase una vez Nathalie, profesora de Letras y parisina.

No soporta la Ciudad de la Luz. Definitivamente, quiere cambiar de vida. Pero no de marido. Un doble deseo que, hoy en día, tiene un punto de originalidad.

De vez en cuando iban a Uzès: la perla de la región de Gard, pueblo artístico e histórico, 8 573 habitantes.

¿Y por qué no pasar allí el resto de sus vidas en lugar de solamente las vacaciones?

El destino les responde: «¡Lanzaos!».

Parece ser que hay una librería a la venta en la esquina de la Place aux Herbes.

Y así comienza la aventura.

¿Qué es una librería?

Un banco central de un tipo muy particular. En él, no se fabrican monedas. O sí: esas que nos permiten soñar y querer ser libres.

En esta librería, los clientes vienen y se presentan. Al poco tiempo ya se han convertido en amigos. Poco después, siguiendo el ejemplo de Nathalie, deciden cambiar.

Porque un libro, un libro de verdad, nos transforma. Despierta el reino de los deseos, el pueblo de los posi-

bles, la Armada Invencible de los «¿por qué no?» que llevamos dentro.

Al igual que los seres humanos somos diferentes entre sí, ningún libro se parece a otro. Mientras uno deja a alguien en carne viva, a otro le hace bostezar. Allá cada cual con sus gustos. Cada lectura supone un viaje y un enamoramiento.

Érase una vez nueve personajes que andaban buscando algo sin saber qué. Este cuento nos dice lo que fue de ellos en cuanto abrieron los libros correspondientes.

¿Qué es una librería?

Mucho, mucho más que una pila de estanterías en las que se mueren de aburrimiento los libros.

Es un lugar. Un lugar de luz y de calidez. Un lugar para compartir y hacer confidencias. Una geografía de fraternidades.

Un lugar que amarra.

Y por eso este cuento es ante todo una historia de agradecimiento.

¡Gracias a las librerías y a aquellas y aquellos que les dan vida, que nos dan la vida a nosotros!

Los hombres –e incluyo también a las mujeres, por supuesto– crearon los libros.

Y viceversa, porque ¿qué miseria, qué aburrimiento, qué criaturas repetitivas seríamos sin ellos?

Érase una vez, en el antiguo y plácido pueblo de Uzès, una librería recién inaugurada...

ERIK ORSENNA

*Para Élise, Lucile y Sidonie...  
Haced que la vida no devore vuestros sueños*



# Nathalie

O de cómo cambié de vida







**A**mnnesia global transitoria.

Puede pasar una o dos veces en la vida.

De repente, la persona pierde temporalmente la memoria. Sus facultades mentales están intactas, pero ya no sabe dónde está, qué hizo la noche anterior o qué día es.

No es grave, pero puede durar unas horas.

Los investigadores no son capaces de explicar del todo las causas de este fenómeno.

La hipertensión, el estrés o, a veces, incluso un orgasmo pueden causar amnesia global transitoria.

Como si el cerebro buscara una protección por las bravas, algo así como un fusible que se funde en el interruptor de un contador eléctrico.

Eso fue lo que me dijo el médico, que acudió a la llamada urgente de Nathan, después de que yo le preguntara varias veces con la mirada perdida por qué estaba desayunando sentado a mi lado.

Ya que el orgasmo o la hipertensión no nos servían como explicación, me quedé mirando a Nathan y le dije:

—Puede que vaya siendo hora de que nos marchemos de París... No soporto más la ciudad. Me está comiendo viva.

Tampoco quiero ser una desagradecida con la capital. De estudiantes, disfrutamos viviendo al compás las

noches parisinas, ávidos de exposiciones, con nuestros abonos del Théâtre de la Ville y dejándonos caer por los clubes para escuchar a grupos de *jazz* que venían directamente de los Estados Unidos.

Mal que bien, conseguimos sacar adelante a Élise y a Guillaume en nuestro piso de cuatro habitaciones de la Rue de la Roquette.

Cuando los niños se hicieron mayores, cuanto más tiempo pasaba, más tenía la sensación de vivir aguantando la respiración, obligada a refugiarme tras una armadura cada día un poco más pesada para no escuchar los ruidos, notar los olores, para no dejar que la agresividad en las miradas, los empujones en el metro, la suciedad de las calles calasen en mí.

Resistir implica a menudo ahogar la sensibilidad propia, crearse una coraza..., hasta que un buen día la armadura se desmorona.

Decidimos marcharnos de París al verano siguiente, después de que Guillaume aprobara la selectividad. Él era lo único que nos retenía allí, pues Élise ya estaba en Arlés, estudiando en la Escuela Nacional Superior de Fotografía.

Nathan es arquitecto. Al volver a París después de las vacaciones, siempre decía que podría montar su estudio en cualquier sitio. Pero las intenciones se las llevaba la rutina, y he de reconocer que, de haber querido de verdad que se materializasen, yo debería haberle tomado el testigo.

Le entraban esos arrebatos normalmente después de haber pasado unos cuantos días en Crozon, en Finistère. Mi pasión por Crozon se remonta a cuando conocí

a Nathan. Estábamos los dos haciendo un cursillo de vela en la escuela Les Glénans y nos tocó nuestro primer circuito alrededor de aquel amago de isla. Tras ser compañeros de equipo en el mismo barco, nos convertimos en compañeros de vida.

Desde entonces, hemos vuelto muchas veces para disfrutar de una casita de pescadores que compramos en cuanto pudimos ahorrar un poco de dinero, aunque ni siquiera teníamos coche.

Está rodeada de brezales, a un paso de la punta de Dinan: un auténtico paisaje de postal en plena Bretaña.

Pero, en el fondo, yo seguía siendo una chica del sur, y algunas escapadas en el puente de Todos los Santos o en Semana Santa –cuando las horas de sol en la Bretaña se cuentan con los dedos de las manos– contribuían a rebajar nuestro entusiasmo estival.

Por aquel entonces, daba clases de Literatura a los cursos del último año en el instituto Montaigne.

Me gustaban mis alumnos, y ellos me compensaban dicha pasión con creces.

En la rama de letras, los estudiantes de instituto mostraban tanta curiosidad y entusiasmo que me permitían salirme del programa para darles a conocer a autores que constituían una buena puerta de entrada a una literatura menos académica.

Con los del bachillerato científico, cada año era un desafío. Ya que no veían en la literatura más que una opción que les permitía rascar unos cuantos puntos en la selectividad, mi objetivo era derribar los muros emocionales de aquellos coquitos para que descubriesen un mundo distinto: exótico, a veces irracional, a años luz siempre del universo cartesiano en el que se movían.

Cada año, conseguía que algunos alumnos llegasen a aquellas costas inexploradas. Descubrían entonces que en el mundo cabían más dudas que certezas, más poesía que ecuaciones. La orientación de aquellos chicos derivaba a menudo de una no-elección. Al que se le daban bien las matemáticas, tenía la «suerte» de poder ir a X. Cualquier otra alternativa habría sido un desperdicio de talento. Aquel mandato de las alturas había surgido tras la Segunda Guerra Mundial y, desde entonces, tanto el claustro de profesores como los padres se habían encargado de velar por él. Un chico ingeniero era mayor motivo de orgullo para sus padres que si se interesaba por las artes o las letras.

La Segunda Guerra Mundial no solo mató a hombres y mujeres: mató a las letras en favor de los números, al profesor en favor del ingeniero.

Descubrimos Uzès un día de enero.

Es fácil sucumbir a los encantos de Uzès en invierno, sentados a la mesa en una terraza con una tostada de queso de cabra y un chorrito de aceite de oliva delante.

El sur cuenta con la ayuda del mistral para espantar las nubes. En el valle del Ródano, el viento sopla con violencia, mientras que en los alrededores de Uzès pierde intensidad y permite disfrutar del cielo azul y el calor del sol al abrigo de los muros de piedra.

El pueblecito le debe su encanto a su historia. Este primer ducado de Francia fue hogar de príncipes, señores y prelados, unidos por su común deseo de poseer un palacete acorde a su posición. Las puertas antiguas, las ventanas con parteluz, balcones con florituras y cornisas rematadas en torrecillas crean la ilusión de estar en un entorno totalmente protegido. La ley Malraux, que

promovía la reforma del patrimonio antiguo, y unos buenos arquitectos del servicio de monumentos de Francia permitieron restaurar Uzès y hacer de él lo que es: una perla renacentista.

Venirse a Uzès era lo que se suele llamar una «opción de vida». Durante un tiempo, incluso creí que era una opción de vida en pareja. En realidad, tomamos la decisión entre los dos, pero pronto me vi viviendo sola y a merced de las idas y venidas de Nathan.

Descubrí la vida del ama de casa sin niños, sin trabajo, pero con los medios suficientes para pagarme mis clases de pilates o para redecorar nuestras habitaciones en *Affaires étrangères*, la *boutique* de estilo étnico-bohemio a la que recurren los recién llegados a Uzès para acondicionar las cabañas de pastores que se compran en plena garriga.

Nosotros vivimos en un antiguo vivero, una casona de piedra construida en torno a un bonito patio, en el que antaño criaban gusanos de seda para la hilandería de la zona. Luego, le llevaban la delicada materia prima a los fabricantes de seda de Lyon, que hacían con ella unas telas que vendían a precio de oro a lo largo y ancho de Europa.

La Place aux Herbes está en el corazón de Uzès. Solo se puede acceder a ella a pie, a través de un entramado de hermosas callejuelas. Unos grandes plátanos le proporcionan su inestimable sombra en verano.

La plaza está rodeada de arcadas, que albergan las terrazas de los restaurantes. En ella, tiene lugar un mercado muy concurrido todos los miércoles y sábados.

El domingo, el pueblo entero se convierte en un mercado al ponerse también en el bulevar circular los vendedores de ropa. En verano, no acuden más que los turistas, ya que es imposible caminar por él y disfrutar de la vista de la plaza por culpa de los puestos y sus toldos, que tapan la visión del conjunto.

Voy al mercado los miércoles. Ese día, solo ponen sus puestos los productores locales. Al venir aquí, he redescubierto la importancia de la calidad. Un fruto de temporada, que no ha sido transportado y viene directo de la huerta, no tiene ni punto de comparación con el que podemos encontrar en París. Y lo mismo pasa con las verduras, las aves de corral o los quesos. La cercanía del mar también supone una gran ventaja. Solo conocía las ostras de la Bretaña, pero me he convertido en una fanática total de las de Bouzigues, cultivadas a orillas del Mediterráneo.

«SE VENDE». Del escaparate de la librería que está en la esquina de la Place aux Herbes, colgaba un cartelito. Y yo me quedaba mirando fijamente las letras azules sobre el papel de estraza beis...

¿Por qué no?

Me gustan los libros.

Me gustan todos los libros.

Tanto los chiquititos, escritos de una sentada, como los enormes, que son la obra de toda una vida; los antiguos, con su encuadernación hecha trizas, y también los que presumen de sus bonitas fajas rojas, recién salidos de la imprenta.

Me gustan los libros que cuentan grandes historias novelescas capaces de arrancarnos unas lagrimillas, pero también me resulta muy placentero dejarme arrastrar por los vagabundeos intelectuales y eruditos de los ensayos, que me hacen sentir más lista.

Me gustan los libros sobre arte, que nos traen a domicilio los cuadros del Louvre o del Prado, así como exóticas imágenes venidas de los cinco continentes. ¿Cuántos de nosotros no tendríamos ni idea de tales maravillas si no fuese por los libros?

Me gustan los lomos de los libros. Cuando están colocados en los estantes, los miramos con la cabeza ligeramente ladeada, como si les mostrásemos nuestro respeto antes incluso de abrirlos.

Me gusta el papel. Es difícil hablar del papel en singular. Me gustan los papeles de las páginas que pasamos y de las que a veces nos despistamos. Si está bien escogido, un papel armoniza con las palabras, y las páginas se suceden con deleite. Cuando desentona, puede llevar a que el lector se rinda, irritado por una concordancia ilusoria.

Un papel demasiado blanco no encaja con una historia de amor, pues el amor nunca es de un blanco immaculado; amarillea con el tiempo, guarda el rastro de los roces y las caricias lo mismo que las sábanas de un lecho tras un revolcón.

Un papel gofrado aporta profundidad a las palabras. Estas se imprimen y se instalan cómodamente en la espesura de las fibras, como un gato en los cojines de un sofá. También me gustan las palabras sobre las páginas. Y no me refiero al sentido de las palabras, sino al ritmo que crea el movimiento del gris. Entre palabra y palabra, un espacio siempre igual garantiza una distancia de cortesía que evita que atropelle a la de al lado y que le permite tomarse un respiro. Si fuésemos como las palabras de una página, estoy segura de que la bondad tendría mucho más margen para hacerse un hueco.

Un día, me encontré con un libro en el que se habían olvidado de los espacios. Al momento me entró un

ataque de agorafobia de la pena que me daban aquellas palabras enlatadas como sardinas, maltratadas como si fuese la hora punta en el metro de París.

Tengo tantos amigos que han fantaseado con tener una librería como con abrir una pensión. Son sueños protectores, sueños que, a veces, son mecanismos de evasión. Encontrar refugio en los libros o entre cuatro paredes...

Creo que los libros despejan más horizontes que las paredes.

Esa misma noche, sin dejarle siquiera tiempo a que se quitase la mochila, abordé a Nathan con el entusiasmo de una adolescente:

–¡La librería de la Place aux Herbes está a la venta!

–¿Y qué?

–Que quiero ser la nueva librera.

–¡Menuda idea! ¿Y qué hay de tus clases, de tu carrera?

–Sabes perfectamente que una profesora no hace carrera. El único avance que experimenta es hacia la vejez. Además, ni siquiera sé adónde me van a destinar. ¡Puede que a la otra punta de Gard!

–Te llevará muchísimo tiempo. ¿Tienes idea de lo que supone una librería? Para empezar, se trata de algo comercial, de un pequeño negocio. Ganarás menos que siendo profesora, eso por descontado.

–Me importa un bledo. Y en cuanto al tiempo, estoy buena parte de él sola. Necesito un proyecto de verdad o me volveré neurasténica.

–Si vas a recurrir a ese tipo de argumentos, no podré seguir resistiéndome.



Nathan es un buen hombre. Un poco egocéntrico a veces, pero es algo habitual entre los arquitectos. Tienen la impresión de ser indispensables para el correcto funcionamiento del mundo. Algunos son auténticos visionarios; otros, verdaderos peligros públicos que proyectan casas para los demás en las que ellos no serían capaces de vivir. ¡Los peores son los que miden sus logros en función de las toneladas de hormigón vertidas!

Al firmar el acta notarial que me convertía en la propietaria de la librería, creo que sentí la misma felicidad que al nacer mis hijos. La diferencia está en que, al hacerme librera, tenía la sensación de que estaba dándome a luz a mí misma más que trayendo a la vida a alguien.

Les debo mucho a mis lecturas. Fueron ellas las que me hicieron crecer y escoger mi camino, las que me han permitido ver el mundo no solo desde mi óptica sino también desde el punto de vista de aquellos que me han mostrado otros universos, otras épocas.

Nunca me he sentido tan en conexión conmigo misma como al leer las palabras de otro. Y todos los que me han acompañado en mi intimidad lo han hecho con pudor y sin juzgar jamás mi manera de sentir. No me conocen, pero yo he descubierto quién soy precisamente al sentir el roce de sus frases. He llorado con ellos tanto como me he reído.

Debo de haberlo heredado de mi padre. No lo recuerdo sin un libro en las manos, siempre tenía varios a medias. Estaban los de la mañana y los de la noche, los de la butaca del porche o los que leía en la cama.

Los libros no se ponen celosos. Se hacen a un lado para dejarle sitio a una nueva conquista y saben estarse quietos y permanecer a la espera durante siglos, hasta

que el brazo de un niño apuntando a un estante los recupera para la causa.

Yo fui esa criatura frente a la estantería de mis padres.

Mis primeras compañías nocturnas fueron unos libros de bolsillo con las páginas amarillentas. Kessel, Giono, Mérimée, Malraux, Saint-Exupéry...; me quedé hasta las tantas con todos ellos antes de dormirme hecha un ovillo en brazos de tan excelsos hombres.

Recuerdo la primera vez que metí la llave en la cerradura de la librería.

En Uzès reinaba el silencio, como sucede normalmente los lunes. El sol otoñal estaba saliendo aún y empezaba a iluminar las copas de los plátanos. Sorprendentemente, me vi girándome para comprobar si había alguien mirando. Todavía sentía que me faltaba legitimidad y que estaba abriendo una puerta que no me correspondía.

Pero la plaza estaba vacía, y yo estaba sola. Sola con mi felicidad.

Giré la llave. Al instante, el olor del papel me dio la bienvenida. Ese olor iba a convertirse en mi rutina, tanto que un buen día Nathan me anunció que el aroma del papel había pasado a ser el mío.

Los antiguos libreros se jubilaron tras pasar treinta años en aquel sitio. Los libros que había en las baldas eran el fruto de su selección, y las estanterías que los albergaban mostraban la pátina de los años.

Acariciaba el lomo de los libros como si fuesen las teclas de un piano. Al leer los títulos, iba componiéndose una melodía íntima que se asemejaba más a la *Sinfonía del Nuevo Mundo* de Dvořák que a un preludio de Bach: un auténtico espectáculo de luz y sonido desordenado,

con todos los instrumentos de la orquesta y los colores de la más amplia gama de los pasteles.

La librería mide algo menos de ciento cincuenta metros cuadrados, pero tiene varios rincones que permiten crear zonas un poco diferenciadas: el rincón juvenil, el de los libros bonitos, el de los ensayos... Hay una gran cristalera que da a la plaza, y dos más pequeñas orientadas hacia una callejuela lateral llena de encanto.

Me senté en el taburete de madera tras la vieja mesa en la que estaba colocada la caja y me quedé un buen rato calibrando con la mirada aquel espacio.

De las baldas, se desprendía una energía a la vez poderosa y apacible, como si cada uno de los autores se hubiesen escondido detrás de su libro y me observasen en mi desnudez.

Sentí el vértigo de la nueva responsabilidad que acababa de adquirir al girar la llave de la librería.

Antes de aquel primer día, no había tomado ninguna decisión en relación con las obras que posiblemente habría que llevar a cabo. Dudaba entre dos opciones radicales: rendirme al modelo anterior, fusionarme con aquel universo que me era ajeno o, por el contrario, cambiarlo todo para no quedarme anclada en la senda marcada por los antiguos propietarios, como si se hubiesen ido de viaje y contasen con volver algún día.

Alguien tocó en el escaparate de la librería. Había dejado el cartelito que indicaba que el negocio estaba cerrado, pero la chica que venía a presentarse traía en las manos una bandeja con una tetera y dos tazas. Me dedicó una sonrisa de oreja a oreja, así que le abrí la puerta.

–Buenos días. Me llamo Hélène. ¡Bienvenida! Tengo una tiendecita de ropa en la calle de al lado. ¡Me alegro tanto de que la librería no se convierta en una pizzería! Le he traído té, pero no le robaré mucho tiempo.

–Gracias, Hélène. Yo soy Nathalie. He de decir que todavía no soy muy consciente de lo que estoy viviendo, pero también estoy feliz. ¡Muy feliz!

–Si quiere, puedo ayudarle a pintarlo todo cuando se ponga manos a la obra.

–Es muy amable por su parte. ¡Precisamente, estaba pensando cuándo será eso!

En realidad, yo también había caído en lo que para Hélène era de cajón: para poder recibir a los visitantes como en mi propia casa, la librería tenía que parecerse a mí.

Dediqué dos meses –con la ayuda ocasional de Nathan, la habitual de Hélène y la de Guillaume, que vino una semana entera para colocar las estanterías– a darle un nuevo aire a la librería.

¡Bah!, tampoco era cuestión de cambiarlo todo para que pareciese una librería cualquiera, blanca e insulsa al estilo Ikea, sino de conservar su personalidad combinándola con materiales nobles y sobrios donde los libros siguiesen siendo los amos del lugar.

Retiramos las viejas juntas de las paredes de piedra, fregamos las bóvedas de los techos, dejamos a la vista las bonitas ojivas y aplicamos una imprimación fijadora incolora para que las paredes no soltasen polvillo.

Dudé mucho entre la haya y el pino claro macizo a la hora de encargar las estanterías, pero al final me decanté por el pino. Y con él logré a la perfección el efecto que buscaba: el pino es una variedad casi blanca,

alegre, y es como si la madera que rodea a los libros los iluminase.

También quería encontrar un sistema de iluminación suave pero lo suficientemente potente. Opté por unas bombillas desnudas y muy originales, colgadas simplemente de unas cuerdas trenzadas de color naranja que imitan el cableado de las casas de antes.

Las únicas piezas antiguas con las que me quedé fueron el taburete y la mesa en la que estaba colocada la caja. Cosas de mi lado supersticioso. ¡La intuición me decía que no debía separarme del taburete!

Respecto a los libros, había decidido devolver a las estanterías los que las habían ocupado hasta ese momento e ir introduciendo a los autores y editores que echaba en falta sin poner patas arriba un fondo de garantía.

A decir verdad, los estantes han cambiado mucho desde entonces, y he comprobado que lo único que piden los compradores es dejarse guiar por los gustos del librero en busca de nuevos pastos. Es imprescindible disponer de los clásicos, los libros premiados, las obras de la zona, pero, al margen de eso, es tarea del librero ofrecer propuestas, darle su toque a las recomendaciones y, también, levantarles un poco el listón a los lectores.

¡Apostar por la belleza y la inteligencia siempre da resultado!

Lo que no sabía es que al convertirme en librera les iba a coger tanto cariño a los lectores como a los libros.

Que, después de tanto buscarme a mí misma, los libros me harían conocer a hombres y mujeres, a niños y mayores, a gente triste, conformista, alegre, a asesinos, a sabios sin hogar, a seductores en horas bajas, a poetas

cojos pero luminosos, a enamoradas frías, viajeros estáticos, glotones penitentes, a religiosos en busca de sentido...

He compartido sus vidas siguiendo sus lecturas. A veces, he ido por delante de ellos gracias a los libros que les he recomendado.

En esas páginas ya impresas fue escribiéndose una nueva historia, con las palabras de unos montadas sobre las de otros.

Y esa es la historia que he decidido poner por escrito.